

labra del momento, que á una eternidad equivalía: «Por la patria todo, hasta el crimen».

Durante estos días postreros del mes de Agosto en mil setecientos noventa y dos, París ofrecía un bien extraño aspecto: como que fermentaba en los ánimos el terror. Las deliberaciones pasaban del Congreso de los diputados al club de los jacobinos, la indispensable autoridad ejecutiva del gobierno á los senos de la misteriosa comunidad revolucionaria. Embargado el gran Danton por la defensa patria, no se curaba de lo que sucedía en el gobierno regular, al cual estaba como adscrito; ni de lo que sucedía en el gobierno revolucionario formado por las secciones municipales al calor de su ardiente corazón y á la sombra de sus hercúleas espaldas. Robespierre, so pretexto de que debía juzgar enemigos suyos, recusábase á sí mismo para componer el tribunal revolucionario y Marat quedaba como único inspirador y única inspiración del Comité comunero. Nadie tan enloquecido y tan sediento de sangre como este loco lúgubre y empecatado asesino; pero todos propensos al degüello por dos máximas fijadas en el sensorio común social. Era la una «que justificaba el fin, todos los medios;» y era la otra, que, «ante la consideración suprema de la salud y del bienestar de los pueblos debían ceder todas las demás consideraciones humanas.» El dogma para cosa ninguna podía entrar en el cálculo de tales gentes; la moral menos. Un maquiavelismo indeliberado é inconsciente se apoderaba del espíritu social. En las inteligencias revolucionarias predominaba una idealidad; creíase necesario que tamaña idealidad dominase ó dirigiese los hechos. Y no hay que mirar el estado interior de los pueblos, no hay que advertir si están preparados ó no á recibir el ideal; hay que imponérselos. Y como este ideal contenga en sí mismo la justicia perfecta, es inútil averiguar si para implantarlo se necesita cometer alguna injusticia. Se ha violentado mucho al mundo para imponerle todo lo malo; no debe mirarse nada si hay que violentarlo también para imponerle alguna vez todo lo bueno. De aquí ciega confianza en la dictadura, y por consiguiente ciega confianza en la violencia, y por confianza en la violencia confianza también hasta en la virtud mágica del crimen. Así prescindieron aquellos neuróticos tanto de la moral privada como de la moral pública. Los Verbos del derecho francés nuevo no sentían el eterno derecho humano. Ellos, como el secretario de Florencia, maestro de los reyes, denominaban un vicio á la derrota y una virtud al triunfo. El vencido no tenía nunca razón; el vencedor la tenía siempre. No se trataba de observar la ley divina: se trataba de redimir al pueblo esclavo. Así nunca me ha maravillado, ni me ha parecido paradójica la idea de que Maquiavelo desde la eternidad rigió y sostuvo la revolución francesa, idea divulgada por el gran Ferrari. En Maquiavelo debieron aprender las gentes revolucionarias cómo el simple ciudadano superaba todos los privilegios con todos los privilegiados; y debía por lo mismo aplastar al sacerdote y al noble y al Rey. En Maquiavelo aquella palabra de guerra perdurable á las cabañas y paz á los castillos. En Maquiavelo que nunca se resignaría el Rey despótico á trocarse de suyo en Rey constitucional porque no consiente la

naturaleza humana caer desde tan arriba tan abajo. En Maquiavelo que los reyes podían llamar á su auxilio el extranjero, porque oposiciones como la indomable de los revolucionarios al Monarca no se combaten y extirpan, sino por el hierro y el fuego. Así maquiavélicos los degüellos de Septiembre. Así maquiavélica la frase que resume todo el temperamento de Danton, «miró su crimen frente á frente y lo cometió sin vacilaciones». Maquiavélico el clamor de Marat pidiendo que caigan segadas quinientas mil cabezas. Y por todas partes surgen Maquiavelos de ocasión, ignorantes del célebre libro trazado por los Príncipes por el toscano inmortal, y practicándolo como si un genio de las tinieblas se los dictara. Que le dejen afilar su puñal para romper veinte mil corazones, dice uno; que nuestra memoria se pierda, pero que nuestra patria se salve, dice otro; que Francia triunfe á toda prisa, ya sea con gloria, ya sea con infamia, repiten los coros, ó sean, las multitudes, de cien diversas suertes. Así Maria exclama: «Trátase de la salud del pueblo: ante ley tan suprema, todas las otras leyes secundarias deben callarse y para defender la patria todos los medios son buenos, todos los medios son justos, todos los medios son meritorios». Ferrari pone cerca, y con razón, del concepto de Marat el concepto de Maquiavelo contenido en su Discurso de las Décadas de Tito Livio, libro tercero, capítulo cuadragésimo primero: «cuando se trata de salvar la patria, no hay justicia ó injusticia misericordia ó crueldad, honor ó infamia; consideraciones de que debe por completo prescindirse». Y continuando en este paralelo el gran comentador de las enseñanzas maquiavélicas, recuerda cómo el maestro florentino muestra que todo hombre, cuando no puede aspirar á déspota, debe á republicano limitarse; y todo republicano para fundar el nuevo régimen frente á la Monarquía, no debe nunca en barras detenerse, ni apelar á medidas inciertas ó medias: audacia en todo, audacia para todo, audacia con todos. Así á un lado y otro de la revolución francesa caen los revolucionarios; pero la revolución marcha siempre. Cuando grita Danton cual Maquiavelo, «audacia», todo el mundo le sigue. ¡Cuán difícil el paso de una República en nuestro viejo continente á una Monarquía! Los jacobinos llegaron á comprenderlo cuando dijeron que las nuevas instituciones solamente contaban dos clases de verdaderos enemigos: los ricos y los viciosos. Así flotaban en las retinas de los revolucionarios, hechos terroristas por la invasión, estas máximas de Maquiavelo guardadas en el séptimo capítulo de su Príncipe. Yo declaro que los políticos resueltos á fundar una República, donde hay muchos gentiles-hombres, no podrán salirse con la suya, si antes no los matan á todos». Tales principios se respiraban en los aires al concluirse mes tan extraordinario como aquel mes de Agosto en el año noventa y dos, durante cuyos días últimos, la invasión se consumó contra todos los consejos de la prudencia política, y á esta invasión surgió el terror con su espada exterminadora en las manos, como los genios batalladores en las estancias del Apocalipsis.

Presentada la situación del espíritu social así, necesitamos presentar por fuerza los

hechos que generara y esparciera, como irradiaciones de su calor tempestuoso. La población de París veía por todas partes siniestros conspiradores y terribles conspiraciones. Entre un partido numeroso, como el partido realista, y una invasión verdaderamente criminal, como la invasión extranjera, existían misteriosas relaciones. ¿Cómo cazar el águila que iba en aquellos minutos avanzando sobre la cabeza de Francia, si antes no caían las numerosas fieras que marchaban entre sus pies? El veintiocho de Agosto, al anochecer, se presentó Danton en el Congreso con demanda formal de que se buscara por sus madrigueras los enemigos interiores y se les desarmase antes de que pudieran llegar los enemigos exteriores. Cuando la patria estaba en peligro, todo el suelo, y todo lo que llevaba en sí el suelo, pertenecía de suyo á la patria. Validados los ayuntamientos para quedarse con todos los hombres válidos y enviarlos á las fronteras, no debía el gobierno pararse ante las casas. Si estaba facultado á coger los cuerpos y quedarse con ellos, mejor aun podía entrar en los hogares y escudriñarlos. Así arrancó Danton al Parlamento el decreto de las visitas domiciliarias. El veintinueve algo presente París, porque hallábanse las calles solas, y no se veía discurrir por sus espacios, sino alguno que otro viandante. De súbito, cuatro de la tarde; con grande calma el aire, con sumo lucimiento el sol; convidando un sereno día estival á los regocijos y á los descansos, indispensables siempre, y más en aquella tensión de los nervios sociales; tocan á rebato las campanas, y los tambores, como en los amaneceres del diez de Agosto, tocan á generala; se cierran las tiendas, tras las tiendas se cierran las puertas; numerosos retenes llenan los ingresos ó entradas naturales de la capital; hileras de policías y esbirros se dilatan por las dos orillas del río: silencio pesadísimo reina en el aire, silencio predecesor de la tormenta. Parecía París una ciudad sitiada. Todos recelaban del capricho de la invisible anónima dictadura, porque nada seguro puede jamás librarse, aquí en el mundo, sobre las voluntariedades múltiples de un poder arbitrario. A la una de la mañana comenzaron aquellos fantasmas persecutores á deslizarse por las calles, y tras su aparición, á oirse aquellos secos golpes que anuncian la violación de un domicilio. Grandes patrullas corrían París; grupos de setenta hombres se paraban á las puertas; comisarios más ó menos autorizados, subían las escaleras. Diríase que se golpeaban sepulcros cerrados y que surgían muertos podridos. El terror precedía, el terror acompañaba, el terror subseguía de suyo á los recién llegados. Las familias, obligadas á retener el aliento, no podían reprimir el gemido. Mientras cínicamente se llevaban los violadores del domicilio papeles ó armamentos, iba todo bien; pero, así que cogían una persona, elevábase terrible clamor acompañado de sollozos que partían los corazones y hubieran partido las piedras. Nadie creía que aquellos apresados volviesen y nadie que dejase de trascender á toda la familia el castigo impuesto á sus jefes. Mucho aterra el cañón, la fusilería, el resuello de los combatientes, el postrer suspiro de los moribundos en una batalla comprometida dentro de cualquier ciudad; pero aterra más el sollozo de

las mujeres y de los niños subiendo al cielo en demanda de misericordia y en reconvencción terrible por una manifiesta injusticia. París, que tantos días angustiosos pasara, sufrió aquella noche una de sus más trágicas y de sus más luctuosas angustias en múltiples amargos trances. Reunieron los esbirros hasta dos mil fusiles y se llevaron tres mil presos. Estas medidas se tomaban muchas veces, no tanto por imposición de la voluntad popular, como para seguir los hechos ya consumados y darles una sanción legal. Bajo los golpes de las noticias recién llegadas, temía el patriotismo desesperado que se guardasen armas en París apercebidas para los facciosos y los extranjeros; así entraban las patrullas en las grandes casas ó palacios, pero sin tocar en los primeros días y antes de las visitas domiciliarias á los ricos objetos ni á las sagradas personas, mas dejando tras sí regueros de terror y de pánico indecibles.

Entre los hogares aquella noche registrados, encontróse también el palacio de Beaumarchais, célebre autor del *Barbero de Sevilla*, quien mereciera de nosotros en las primeras páginas de nuestra historia grande atención, pues tanto contribuyó al progreso en las primeras edades revolucionarias, que, aun arrepentido de su obra y retrogradado en sus caminos al fin de su existencia, recuerda la memoria humana sus gloriosas cooperaciones al bien común y olvida sus tardíos é inútiles arrepentimientos. Pues, historiando el célebre cómico estos días, resucita con vivos colores el natural audaz de los enviados á las casas, el desacato de la violación, el despojo de armas, el apresamiento de personas, y añade la escrupulosidad con que fueran respetados todos los objetos preciosos, hasta describirnos la indignación del pueblo, porque una pobre mujer cogió en su jardín modesta flor, indignación al extremo llevada de querer colgarla, pues si él no intercede, la ensogan con cualquier lazo y ahorcan de cualquier farol. Repasaba la siniestra cohorte de aquellos esbirros sus listas de los designados á las exploraciones domiciliarias en una copia del cuaderno, donde constaban las firmas de los protestantes contra el asalto de la casa real el día veinte de Junio; y como estas firmas á más de veinte mil ascendían, se padecieron muchas equivocaciones y se perpetraron muchos atropellos. No hay medio de arrestar á veinte mil seres humanos. Solían hacerlo en Asia los déspotas antiguos; mas llevaban para ello ejércitos enteros y cumplían un propósito, el cual excusaba las cárceles, propósito que consistía en la extirpación y desarraigo de todo un pueblo del espacio donde naciera y su transporte á otros más lejanos espacios. Así fueron los judíos muchas veces á Tiro y á Babilonia y á Nínive y á Roma. Pero coger veinte mil personas y entregarlas á los establecimientos penales de París aparecía cosa imposible siempre y más entonces. No quedaba medio alguno de solución en tan grande conflicto, que ó soltar los presos ó proscribirlos ó exterminarlos. Al primer extremo acudieron los dictadores municipales sumados en la comunidad revolucionaria, diciendo que importaba mucho desarmar á los realistas, pero no importaba cosa mayor el retenerlos cautivos. Hasta entonces el pueblo proscripto

de las altas viviendas, por sus luchas con las clases nobles, no había entrevisto el brillante lujo de los patricios ni podido compararlo con sus miserias peculiarísimas, aumentadas por las sordideces y males propios de las grandes ciudades, cuyas letrinas amontonan más porquerías que las letrinas de los pueblos; y no existió coyuntura ú ocasión de acerrar las envidias, las cóleras, las discordias, tan funestas á una durable tranquilidad social y tan fecundas en colectivas irremisibles venganzas. Así presagiaban los revolucionarios más sesudos el naufragio de la revolución por el abandono de las clases pudientes. Desde los asaltos á la Bastilla formidable hasta los asaltos á las regias Tullerías disminuyeron mucho los nobles y los patricios, numerosos antes, en las cruzadas por el derecho. La noche del cuatro de Agosto en mil setecientos ochenta y nueve hallábanse todos los señores, sobre Francia más influyentes, reunidos dentro del Congreso, y empeñados todos en la extirpación del feudalismo; la noche del diez de Agosto de mil setecientos noventa y dos no se inscribió ninguno en las legiones que pugnaban por impedir el impulso regresivo al absolutismo. Una parte del patriciado habíase ido con los príncipes á la emigración; otra parte con los constitucionales y lafayetistas habíase ido á la irreconciliable oposición. Si el signo de noble aparecía como un signo de proscripción ó desgracia, en proporciones terribles aumentaríanse los factores de la guerra cruel, ahuyentados del suelo patrio y adheridos al soldado extranjero por los desquites que generan estos movimientos populares. El Congreso comprendió tal peligro, en cuanto supo los caracteres y los resultados de las visitas domiciliarias, ocurriendo con todos los medios imaginables á conjurarlos. Y entre los medios se le presentó uno supremo, pero impracticable: disolver la Comunidad revolucionaria so pretexto de que mantenía los afectos violentos en el pueblo con visos fúnebres dados al jardín de las Tullerías, provocadores al desquite y á la venganza, los cuales afectos sustentaban en ejercicio permanente la guillotina sobre los patios llamados del Carrousel; hacían inquisiciones temerarias en las vidas y las creencias de los ciudadanos; excitaban rivalidades y celos entre las secciones parisienses; azuzaban los esbirros comuneros como canes de caza y presa en excitaciones sin fin al ojeo y asalto de los electores nobles del barrio de Santa Capilla; importunaban al Congreso con sus requerimientos á la perduración del terror y con sus proyectos imposibles; tenían en el arroyo una porción de gente pagada con los fondos del Municipio, la cual en sus ocios no hacía otra cosa sino murmurar contra todos y extender anuncios de guerra civil sobre todo; hablaban mucho del afán de acabar con los monstruos, apostolado y propaganda terrible, á cuyos siniestros reflejos se dibujaban perspectivas de trágicos degüellos, los cuales con sus horrores llegarían á constituir en la historia una San Bartolomé del pueblo, tan horrible, y más escandalosa que la célebre San Bartolomé del Pontificado. Pero con este decreto de disolver la Comunidad, repitieron los diputados el apólogo relativo al gato y los ratones. Como aquellos roedores, apenados por la persecución del felino, deci-

dieron poner un cascabel al gato, que les apercibiera contra sus asaltos y contra sus uñas; decidieron ponerle un decreto los diputados al Ayuntamiento que lo disolviese y acabase. Decretaron los ratones poner al gato el cascabel; pero ¿quién se lo ponía entre todos ellos sin peligro de muerte? Decidieron los diputados ponerle á la Comunidad revolucionaria el decreto de disolución, pero ¿quién se lo ponía sin peligro seguro de un levantamiento inmediato, el cual hiciera con la representación parlamentaria exactamente lo mismo que hizo la noche del diez de Agosto con la más fuerte y más arraigada representación dinástica? No basta que un poder público se llame así para gozar efectivamente de poder verdadero, é imponerse con su fuerte autoridad á sus conciudadanos; se necesita que lo escuchen y obedezcan éstos, pues un poder sin la obediencia consiguiente al mandato es como un general sin soldados.

Una idea iba creciendo en los ánimos: la idea de que necesitaba el poder público purgar á Francia de monstruos; aplicarle un cauterio, cuyo fuego no dejase al gangrenoso cáncer absolutista reaparición posible. Todas las ideas romanas del Estado antiguo renacían en los espíritus y se apoderaban de las voluntades. Por aquellas noches, el club de los jacobinos ofrecía un homenaje al viejo Bruto de la primera república latina levantada contra la Monarquía etrusca, y lo presentaba como un ideal realizable por modo fácil en la persona de cada republicano francés. Aquel magistrado austero, como encontrara su hijo predilecto enfangado en una conspiración realista, no vaciló sobre la resolución que debía tomar; lo condenó á muerte, y presenció en persona el cumplimiento de la capital sentencia; porque sobre los afectos naturales de las entrañas están los afectos sobrenaturales debidos á la libertad y á la patria. Si en Roma, por una República, en último resultado fundada ya y victoriosa, pudo hacer esto un padre con su hijo, ¿porqué no debían hacerlo también los ciudadanos libres de Francia con sus conciudadanos realistas, al verlos pugnar por empujarlos á la vieja y abominable servidumbre? Así, contábanse los perpetradores de las recientes hazañas el resultado de sus pesquisas domiciliarias y lo consideraban á una como de perlas para la patria. En vano los realistas mostraban cada calle invadida, cada hogar violado; la domesticidad, inocente del delito de sus amos, acongojada, cuando no malherida, por los atropellos de unos esbirros sin respetos humanos y sin humana conciencia; órdenes, dignas de los tiempos del despotismo, decretadas sin empacho; gentes honradas recluidas en sus hogares á toques de generala y de rebato, para ser puestos en juicio por jueces anónimos, que al mismo tiempo eran verdugos; los transeuntes perseguidos como fieras, si cruzaban los espacios de la capital; un silencio tan profundo impuesto á París, que se emparejaba la gran ciudad, ruidosa y alegre, con un vasto cementerio; las puertas golpeadas con golpes tremendos, cuando no rotas á machetazos; las tiendas suspendidas en sus industrias y en sus comercios; los barrios y las salidas de los barrios y las bajadas al campo, henchidas de siniestras cohortes que amenazaban